

que cuando se dignaron ocuparse de él, no respondió sino por un gesto de desaliento é impotencia.

Pasado este primer momento, sin embargo, aquel hombre, en quien parecía hallarse encarnado el espíritu del mal, levantó la cabeza con feroz altanería.

— Está bien, exclamó; vosotros habeis ganado, yo he perdido. Dadme jueces, hacedme conducir á la cárcel, ¿qué me importa? Yo sé bien que no hareis caer mi cabeza; sería necesario para eso deshonrar la memoria de Matifay, y dos procesos en una familia, es demasiado.

En cuanto al presidio, me importa un bledo... se consigue salir de él.

Después, agarrando al buen Toinon del brazo, añadió estas desconsoladoras palabras para el digno doctor, que no las tenía todas consigo:

— Nos han cogido en la ratonera, amigo; tanto peor para nosotros. Vamos, ven, los gendarmes están á la puerta, no los hagamos esperar mucho tiempo.

Y él mismo arrastró á su cómplice hácia la salida del gabinete, á cuya puerta había, en efecto, apostados algunos agentes de policía.

Ni José, ni la condesa de Monte-Cristo habían pronunciado una sola palabra, y hasta detuvieron con un gesto á Clemente y á Loredano, que querían arrojarse sobre aquellos miserables.

La misión de uno y otra no era la de castigar, sino la de salvar.

Luego que se concluyó esta tragedia doméstica, el conde de Puysaie, que hasta entonces había sido sostenido por una fuerza ficticia, efecto de una irritación nerviosa, se dejó caer como muerto en un sillón.

Cipriana corrió hácia él, y poniéndose de rodillas, tomó la mano del conde entre las suyas para recalentarla con sus caricias; pero tan pronto como la soltó, volvió á caer inerte aquella mano.

En el corto espacio de algunos minutos, este hombre que, durante la escena que hemos presenciado, se había manifestado tan fuerte, tan hábil, tan joven, con tanta prudencia y lucidez de espíritu, se había transformado de repente, excepto sus cabellos que permanecían negros, en un viejo, en una verdadera ruina viva.

Sus labios entreabiertos y caídos, sus facciones contraídas por los sacudimientos interiores de una apoplejía nerviosa, formaban largas y profundas arrugas alrededor de sus ojos y de su boca, que daba pena el verlas.

Y cuando trató de responder á las apasionadas caricias de su hija, no salió de su boca sino el tartamudeo de un niño.

Los ojos, sin embargo, permanecían vivos y elocuentes; tan elocuentes, que sus miradas parecían gritos, y estas miradas, tan enérgicas como una orden imperativa, se fijaban alternativamente en Cipriana y José.

No se calmaron sino cuando su hija, obedeciendo su muda voluntad, se fué á agarrar al brazo de su desposado.

— ¡Pobre padre! suspiró Cipriana, ¿te vas á quedar solo así!

Pero la condesa de Monte-Cristo, que había desaparecido del cuarto hacia un momento, volvió á entrar en él, trayendo de la mano á Lilia, y empujándola hácia el sillón en donde el conde permanecía sin movimiento, exclamó:

— Solo, no; porque ¿no tiene esta que expiar las faltas de su culpable padre?

## EPILOGO

### Las Hermanas del Refugio.

No hay desenlace en la vida. Los acontecimientos que afligirán ó harán dichosa la existencia del hijo, son una consecuencia inmediata y fatal de aquellos que han hecho dichosa ó afligido la del padre. La vida humana vuelve á recomenzar en cada generación, pasando por las mismas peripecias é iguales alternativas: hallanse en juego las mismas pasiones, luchan, unos contra los otros, los mismos sentimientos, y vuelven á caer en el foso las mismas miserias y debilidades, á la manera de aquellos soldados rezagados que van dejando en cada etapa los ejércitos.

El hombre de ingenio que pudiese hacer en toda su realidad verdadera la historia de un siglo, habría hecho al mismo tiempo la historia de la humanidad entera.

Por eso nosotros que, en nuestra humildad, hemos tratado de desgarrar para vosotros una página de ese libro inmenso de la vida, nos hallamos muy embarazados en el momento de escribir la palabra FIN; palabra deseada por el autor, hace largo tiempo, y quizás, también por el lector.

Porque esta palabra *fin*, ¡ay! ¿no es la palabra primera de otro libro, mil veces mas interesante, puesto que es el libro en que se piensa y con que se sueña?

El mismo día, y en una misma iglesia, se celebraban al mismo tiempo en tres altares distintos, tres casamientos diferentes.

El del conde José de Rancogne con la señorita Cipriana de Puysaie, viuda del baron Matifay.

El de Clemente con madama Rozel.

Y el de Luis Jacquemin con Ursula.

Cada una de estas tres parejas había recibido aquella misma mañana una carta firmada con nombres diferentes.

La de Cipriana estaba firmada: «Condesa de Monte-Cristo.»

La de madama Rozel: «Viuda Lamouroux.»

Y la de Ursula: «Aurelia.»

Pero las tres decían lo mismo; les encargaban el ir, después de la ceremonia, á un sitio determinado é indicado por señas idénticas.

Tres coches estaban esperando á los jóvenes esposos á la salida de la iglesia, y los tres tomaron la dirección de Passy.

Luego se pararon á la puerta de hierro de una verja pintada de verde, que daba entrada á un parque de grande extensión, poblado de árboles frondosos y corpulentos, á través de los cuales y bajo sus sombras, se veían esparcidas por aquí y por allí algunas casitas y pabellones aislados.

La puerta de la verja se abrió sin hacer ruido, y los tres carruajes rodando sobre un suelo cubierto de arena fina, se pararon ante las gradas de la escalinata de una casa mas grande que las otras.

Una mujer, especie de introductora, estaba en la parte superior de esta escalinata: era madama Jacquemin.

•Cipriana preguntó por la condesa de Monte-Cristo.

Ursula, por Aurelia.

Y madama Rozel, por la viuda Lamouroux.

A esta triple pregunta, madama Jacquemin respondió con una profunda inclinación de cabeza, y con un ademán rogó á las tres jóvenes señoras que se sirviesen seguirla.

La pieza en donde las introdujo era de una simplicidad austera. No había muebles. El pavimento era un mosaico como el de una capilla: algunos cristales de colores permitían atravesar la luz amortiguada, que derramaba cierta claridad mística. En el fondo había una tumba de mármol blanco, una obra maestra de algun escultor desconocido. El monumento tenía la forma de un sofá-lecho, y sobre los almohadones de piedra, que eran de una semejanza tan perfecta hasta el punto de engañar la vista, y creer que, al posar la mano sobre ellos, iban á hundirse con la presión de ella, se veía extendida la forma de una joven esbelta.

La forma de la Pippione.

En el centro de la capilla, dos mujeres cubiertas con largos velos estaban orando puestas de rodillas sobre el pavimento mismo.

Las dos alzaron la cabeza al oír el ruido que las recién llegadas hacían. Ursula reconoció á su hermana mayor, Nini Moustache; y Cipriana, á su madre, la condesa de Puysaie.

Ambas á dos se levantaron y abrieron sus brazos, á los que se arrojaron las dos jóvenes; pero este doble abrazo fué de corta duración.

Acababa de entrar en la sala otra persona.

La señora de Monte-Cristo, la viuda Lamouroux y Aurelia, estas tres personalidades diferentes encarnadas y reunidas en una sola persona que no tenia ya mas que un nombre, y se llamaba Elena.

Pero, ¡cuán distinta estaba ahora de como la hemos conocido bajo estas tres personalidades diferentes!

A través de su rostro trasfigurado, veíase traslucir una calma inefable, como si desprendida de todos los cuidados, de todos los deseos, de todas las angustias y penalidades de la vida humana, no perteneciese ya sino á otro mundo, en donde sus desconocidos todos estos deseos, congojas y cuidados.

— Vosotras sois, les dijo con una voz en que se percibian todas las celestiales armonías de su alma, mis hijas muy queridas, las almas predilectas en las que yo me siento revivir; las que he elegido entre todas, para extender mi palabra y continuar mi obra de misericordia; y hé aquí por lo que os he dicho: «Venid á mí.»

El espíritu se ha retirado ya de mí. Se halla terminada mi tarea. Al volverme á llevar este ángel (y señaló la tumba con la mano), nuestro padre celestial me ha llevado tambien todo mi ánimo; pero por un corazón que desfallezca, no es razón para que la obra del bien llegue á perecer. Os consagro hoy, hijas mías, y os encargo que la perpetúeis.

Id, pues, recorred el camino de la vida derramando á manos llenas las luces de la fé, los tesoros de la esperanza, las bendiciones de la caridad. Id, y lo que yo he hecho por vosotras, haceldlo vosotras en memoria mia, por vuestras pobres hermanas desheredadas, por aquella á quien la miseria abate y que corrompe el vicio. Haced salir una Magdalena de cada cortesana, y trasformad en apóstol cada virgen.

La vida social nos ha hecho bien débiles en apariencia; pero la que es á su vez, hija, esposa y madre, es, sin embargo, bien potente. Nuestra particular y principal fuerza es el amor. Amar, sacrificarse, es desde luego dar prueba de abnegación; pero en realidad es un poder: el poder mas fuerte que haya soñado nunca un ser humano; con la abnegación y el amor, nosotras trasformariamos el mundo.

Porque ¿no está escrito que seria el pié de la mujer, el que aplastaria la cabeza de la serpiente?

La tarea que yo sola he llevado á cabo sordamente, en silencio y con paciencia durante algunos años, la reparto entre vosotras.

Cipriana, condesa de Rancogne; tú eres la que sucederá y reemplazará á la condesa de Monte-Cristo. Para ti las miserias de los dichosos del mundo, las lágrimas que corren silenciosamente por la noche sobre las almohadas guarnecidas de encaje, los suspiros dolorosos que se ocultan detrás de una sonrisa.

A tí Ursula y á tí Rozel las miserias mas animosas, pero no menos alictivas y punzantes, que socorria y aliviaba madama Lamouroux rentista.

Los pobres han perdido su protectora misteriosa; pero

conozco vuestro corazón, y los pobres no la echarán de menos, y nada habrán perdido.

Volviéndose hácia Nini Moustache:

— A tu vez, Celina, le dijo, tú la mas culpable, pero no la menos querida. Tú serás la que reemplazará en su elegante entresuelo de la Chaussée d'Antin á aquella que fué la bella, la brillante, la loca Aurelia...

— ¡Oh! ¡por favor! ¡por favor! exclamó la cortesana arrepentida, tendiendo sus manos suplicantes hácia la condesa; no me impongas ese suplicio, permitidme continuar viviendo á vuestro lado...

— Es preciso, respondió severamente Elena. Tú representarás la comedia de lo que fué tu infamia. Siendo casta, te resignarás á parecer impura; atravesarás de nuevo los infiernos de que tú hacías un paraíso. Yo que te hablo lo he hecho yo misma, y sin embargo, ¡yo no tenia nada que expiar!

Sí, ya lo sé, hija mia, añadió despues de un momento de silencio con una expresion de ternura infinita, la obra que yo te encomiendo es la mas penosa, pero tambien la mas meritoria. Estas no tendrán que luchar mas que contra el orgullo, la vanidad y la miseria; tú tendrás que luchar con un enemigo mucho mas peligroso: con el vicio.

Vuelve á hacerlas castas por el arrepentimiento, á esas pobres almas martirizadas, perdidas por aquello mismo que debia ser su virtud y su poder: por el amor.

Dirigiéndose, en fin, á todas aquellas misioneras de la caridad que ella enviaba por el mundo, añadió:

— Si entre todas aquellas que vosotras hayais sostenido y salvado, hay algunas que estén inconsolables, enviádmelas, que nunca quedará este Refugio cerrado para ellas; pero si hay otras animosas y fuertes, enseñadles la palabra como yo os la enseño hoy; enviadlas á través del mundo, como yo os envío.

Que no haya ninguna indigna: toda mujer es apta para este apostolado de amor, y tal vez aquella que los fariseos rechazaban con el ademán mas desdeñoso, sea la que haga mas bien.

Y ahora, hijas mías, idos y rogad por mí, como yo rogaré por vosotras.

La órden seglar, creada por la condesa de Monte-Cristo, la órden de las *Hermanas del Refugio*, subsiste todavia en los momentos en que escribimos este libro.

Como toda idea generosa, la idea que habia inspirado su creacion, ha progresado.

— «Que no haya indignas», habia dicho la condesa de Monte-Cristo.

Y en efecto, ninguna mujer es excluida de esta misteriosa asociacion. Cada salon tiene su madama de Miramion, y cada casa de prostitucion su Magdalena.

Y unidas todas por la misma fé, caminando hácia el mismo fin y objeto, inspiradas por el mismo espíritu, desempeñan su sublime mision de amor y redencion.

«Porque la mujer es la que aplastará la cabeza de la serpiente.»



Cipriana de Rancogne dejó caer su bolsillo en las manos de Hércules Champion.

Digamos algunas palabras mas para concluir esta relacion.

En una hermosa noche de verano, durante esa excursion que hacen los recién casados para pasar la luna de miel, una de estas dichosas parejas daba un paseo de mar en la rada de Tolon.

La barca, segun costumbre, estaba tripulada por presidiarios que manejaban los remos con la espalda encorvada, y expuesta al látigo del guarda-chusma.

Los recién casados, ambos jóvenes y hermosos, parecían hallarse absortos en las delicias de su mútuo amor.

Sentados en la popa, y con las manos enlazadas, aspiraban por todos sus poros las delicias de aquella hermosa noche de verano.

De repente, la mirada distraida del joven se fijó en los dos compañeros de cadena que estaban mas cerca de él. La vista de estos dos hombres le hizo estremecerse impercepti-

blemente, se inclinó en seguida hácia su compañera, y le dijo algunas palabras al oído.

Estos dos forzados que, al hablar, indicaba con la vista, eran los dos bribones mas insignes que pueda imaginarse. El uno de ellos era fuerte como un Hércules de feria, ancho de espaldas, encendido de rostro y con los labios gruesos; el otro era, al contrario, flaquecillo y encorvado, de color bilioso, muy obsequioso con la mirada, y conservando ciertas pretensiones de elegancia, hasta con el gorro frigio y la casaca roja.

La joven no pudo disimular un gesto de disgusto, y su marido dió órden para que la barca volviese atrás y se dirigiese al puerto, y al saltar en tierra, Cipriana de Rancogne dejó caer su bolsillo en las manos de Hércules Champion.

En la misma época, los paseantes acostumbrados del jardín de Tullerías veían llegar todas las tardes á la misma hora otra pareja que llamaba la atencion.

Un hombre viejo, cascado, encorvado, con la mirada parada y un rostro que conservaba todavía señales claras de juventud, y una jóven, casi una niña, de una hermosura fresca y casi celestial, venian á pasearse allí todos los días.

La jóven y el viejo precoz caminaban lentamente, él, apoyándose en el brazo de la jóven, y esta, sosteniéndole con una atención filial, midiendo sus pasos por los de aquel, acariciándole con la voz y la sonrisa, y haciéndose, en fin, siendo ella tan jóven, una verdadera madre para aquel niño viejo.

No era la Antígona pagana, tan interesante ya cuando va guiando los pasos trémulos de su padre ciego por entre los escabrosos desfiladeros de la montaña, en medio de la noche tempestuosa, alumbrada por relámpagos, hecha mas espantosa por el estampido de los truenos; era una Antígona

cristiana en cuyos ojos, de un azul claro como el del miotís ó el de la flor de la yerba llamada doncella, se veía un reflejo de los del divino Pastor y Redentor de los hombres que pronunció el primero aquellas sublimes palabras que debían cambiar la faz del mundo:

«— Amaos los unos á los otros. »

El viejo se llamaba Loredano de Puysaie, y la jóven, Lillas.

Ahora ya no me queda mas que hacer, mis queridos lectores, mis queridos amigos, — porque durante largas horas hemos vivido en una mútua comunidad de pensamientos, — sino el despedirme de vosotros, no sin sentimiento; y si por vuestra parte el sentimiento es recíproco, me daré por muy satisfecho y grandemente recompensado por mis penas y vigiliias.

FIN

## TABLA DE LAS MATERIAS

### PROLOGO

#### El Tesoro de Bancoguc.

I. — LAS TRES SOMBRAS DE NOIRMONT . . .	página 1	VIII. — EL ÚLTIMO AULLIDO DE NEGRILLO . . .	26
II. — LAS CUATRO LUCES . . .	3	IX. — LAS GRUTAS . . .	30
III. — CHAMPION, MATIFAY, TOINON Y COMPAÑIA . . .	9	X. — EL TESORO . . .	32
IV. — LA CUARTA LUZ . . .	11	XI. — LA NOCHE . . .	34
V. — LOS AMORES MALDITOS . . .	15	XII. — UNA CAUSA CÉLEBRE . . .	37
VI. — LO QUE PUEDE VERSE Á TRAVÉS DE UNA PER- SIANA . . .	19	XIII. — CLEMENTE . . .	41
VII. — LAS HORNAQUERAS DE NOIRMONT. . .	22	XIV. — UN MAGISTRADO. . .	45
		XV. — LA REHABILITACION SUPREMA. . .	48

### PRIMERA PARTE

#### Las Miserias de los Ricos.

I. — LA AZUL Y LA BLANCA. . .	51	X. — LA SEÑORA VIUDA LAMOUROUX, RENTISTA . . .	80
II. — UN BAILE EN CASA DE LA CONDESA DE MONTE- CRISTO. . .	55	XI. — MADRE É HIJA. ( <i>El Cuaderno azul.</i> ) . . .	84
III. — EL CUADERNO AZUL . . .	58	XII. — RECEPCION MATINAL DE AURELIA. . .	87
IV. — EL MAS HONRADO Y EL MAS RICO DE FRANCIA. ( <i>El Cuaderno azul.</i> ) . . .	61	XIII. — HISTORIETA DE UNA ROSA . . .	91
V. — LA INVITACION AL VALS. ( <i>El Cuaderno azul.</i> ) . . .	64	XIV. — EL EMPEDRADO DEL INFIERNO . . .	94
VI. — UNA CASITA EN 18 . . .	66	XV. — EL CIELO SE ACLARA. ( <i>El Cuaderno azul.</i> ) . . .	98
VII. — CONFESION DE NINI MOUSTACHE . . .	70	XVI. — MARIDO Y MUJER . . .	101
VIII. — LUIS JACQUEMIN. . .	73	XVII. — EL TIRANO DESCONOCIDO. . .	104
IX. — HIJA Y PADRE. ( <i>El Cuaderno azul.</i> ) . . .	77	XVIII. — EL CIELO VUELVE Á CERRARSE. ( <i>El Cua- derno azul.</i> ) . . .	107
		XIX. — EL PLIEGO SELLADO . . .	110